

En el jardín del Edén: la creación y la comunidad

Zac Niringiye

¿Qué anduvo mal? ¿Hay esperanza?

Titular en el periódico de Uganda del viernes 10 de julio de 2009: «Más de dos millones de personas en el norte, este y oeste del Nilo están en riesgo de sufrir o morir de hambre», anunció la Cruz Roja de Uganda.

«Ayer la agencia afirmó que Kitgum, Katakwi, Bukedea, Kumi, Soroti, Amuria, Koboko, Adjumani, Nebbi, Arua y zonas de Kibale son las áreas [distritos de la zona norte y este de Uganda] más golpeadas» (*The New Vision*,¹ Kampala, sábado 11 de julio de 2009).

La zona descrita en el relato del periódico cubre alrededor de un sexto de la superficie de Uganda. ¿Cómo puede ser esto cierto en un país conocido por su buena provisión de agua, con cerca del 17% o 51.000 km² de su superficie cubierta con pantanos o aguas abiertas, un país ubicado en la región interlacustre (entre los lagos) de África, una región que recibe abundantes precipitaciones y rica en tierras arables?

El relato de *The New Vision* continúa: «Ayer Michael Nataka, secretario general de la Cruz Roja de Uganda, atribuía el hambre a una sequía prolongada, a las plantaciones fuera de época, a los efectos colaterales de las inundaciones de 2007 que destruyeron Uganda del Este y a los cambios en los patrones del clima. La siguiente afirmación fue después de una visita de evaluación a las zonas afectadas. “En algunas zonas donde los campesinos sembraron tempranamente, los cultivos anduvieron bien. Pero en el mismo pueblo se pueden encontrar cultivos que se están marchitando porque la gente sembró tarde”, afirmó Nataka. “La región nunca se recuperó después de las inundaciones, las cuales afectaron el ciclo de acopio de las semillas. También existe una falta de información adecuada acerca del clima. La gente se confía de estaciones que han cambiado desde entonces”».

Hambre de esta magnitud en un país con buena provisión de agua, con abundantes precipitaciones y tierras arables es una contradicción en sí misma. Nos preguntamos: ¿qué anduvo mal? La respuesta es corta y sencilla: las alteraciones en los patrones climáticos. En breve: ¡dos millones de personas en Uganda se enfrentan al hambre como resultado del cambio climático!

El asunto del cambio climático da lugar a diversos temas de discusión y preguntas críticas, ¿cuestiones de vida o muerte para muchos en nuestro mundo hoy! Millones y millones de personas en el mundo, no sólo en Uganda, se enfrentan al sufrimiento y la muerte a causa del hambre como resultado de patrones climáticos impredecibles que son consecuencia de abusar de la naturaleza y el ambiente, causa principal del cambio

¹ *New Vision* es el periódico nacional de mayor venta en Uganda.

climático. Hay muy pocas cosas sobre las cuales existe un consenso global, pero el mundo entero está de acuerdo sobre esta cuestión: la humanidad enfrenta una crisis ambiental sin precedentes en la historia del ser humano.

Sin embargo, estos temas y estas preguntas son cuestiones divinas, no sólo porque Dios se preocupa por la humanidad sino también –y principalmente– porque «del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos la habitan; porque él la afirmó sobre los mares, la estableció sobre los ríos» (Sal 24.1-2).

Entonces, cuando nos preguntamos qué anduvo mal, estamos indagando sobre qué anduvo mal con la propiedad de Dios, sobre la cual él reclama el derecho absoluto. La narración bíblica comienza con Dios: «Dios, en el principio...» (Gn 1.1). Dios es el único actor en la escena de la creación. En ese momento él está solo; todo lo demás fue creado y formado de la nada porque «la tierra era un caos total, las tinieblas cubrían el abismo» (Gn 1.2). Dios hizo que existiera eso que no era por su mandato: «Que exista... y llegó a existir» (Gn 1.3); y una y otra vez: «Que exista...» o «Que haya...», «Y así sucedió» (Gn 1.6-7; 1.9-10; 1.11-12; 1.14-15).

Dios estaba complacido con la calidad de su obra: cada vez «Dios consideró que esto era bueno» (Gn 1.10, 12, 18, 21, 25). Pero, ¿cómo puede ser que éste no sea el cuadro que vemos nosotros? ¿Qué anduvo mal? Ciertamente no es con la misma satisfacción que Dios mira hoy «la tierra y todo cuanto hay en ella». Las alteraciones en los patrones climáticos y las consecuentes catástrofes en la naturaleza y la vida sólo pueden traerle tristeza a Dios.

Hay otras preguntas importantes que acompañan la pregunta sobre qué anduvo mal: ¿dónde está Dios? ¿Dios es simplemente un espectador mientras su creación sufre estas alteraciones y catástrofes? ¿Hay otro relato –aparte de aquél de la devastación– desde la creación? ¿Hay esperanza? ¿Hay otra historia, la historia de Dios sobre la redención y la restauración de su creación? ¿Y dónde entramos nosotros en ambas narraciones, tanto la de la devastación como la de la restauración? ¿Que papel jugamos nosotros en la restauración del cuadro pintado en el relato de Génesis 1 y 2? Éstas son las preguntas fundamentales de nuestra ponencia sobre el tema del cambio climático.

El punto de partida bíblico para abordar estas preguntas debe ser la historia misma de la creación. Sólo podemos dimensionar la gravedad de lo que anduvo mal si entendemos «lo que era» antes de que anduviera mal. Sin embargo, al volver a ese relato, nos enfrentamos con el desafío de entender su mensaje. El lenguaje de la narración de Génesis es extraño para las mentes de quienes vivimos en el siglo 21, en la selva de cemento de las ciudades modernas. Es peor para las mentes occidentales que, por más de tres siglos de civilización occidental, hemos estado programados a desconfiar de la historia. Sin embargo, la historia es el lenguaje más poderoso para explicar un misterio.

Yo me crié en la zona rural de Uganda y todavía recuerdo estar sentado con mi padre junto al fogón y pedirle que me explicara los misterios de la vida. Siempre me contestaba con una historia. De la misma manera, hoy nos volvemos a esa historia que Moisés le contó a Israel, buscando explicarle al pueblo de Dios el misterio de Dios, de la naturaleza y de la vida.

La creación: comunidad en Dios y con él

La primera realidad que nos golpea al leer la historia de Génesis, es simplemente esto: que el cosmos entero le debe su existencia a Dios. De esta manera comienza la historia. «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra» (Gn 1.1). El principio de todo es Dios mismo. Dios no sólo está en el principio, él es el principio. El principio mismo se origina en él. Dios es tanto el origen como el originador de todo. Es Dios quien establece qué es y qué será, convierte la nada en algo, el desorden en orden y la da forma a algo sin forma.

Esta verdad es una marca. Es el primer fundamento para el compromiso cristiano con cuestiones relacionadas con el cambio climático. Es la primera premisa sobre la cual basamos la acción cristiana para la conservación de la naturaleza y el ambiente. Diferencia a quienes se aferran a una fe en Dios de quienes, de la misma manera, son apasionados por el cuidado de la naturaleza y el ambiente pero no creen que fue hecho. Tristemente, y hablando en términos generales, los cristianos y la iglesia cristiana — especialmente el ala evangélica— se han demorado en formar parte del movimiento por el cuidado del ambiente. Esto debería avergonzarnos. Sin embargo, dejando a un lado la vergüenza, me pregunto si no debemos indagar acerca de las bases mismas que han nutrido nuestra fe. Por un lado, podemos creer tanto en el creador que damos por sentada su creación, lo cual es absurdo. Un punto ciego del cristianismo evangélico es haber descuidado la centralidad y el significado de los relatos de la creación de Génesis para entender a Dios, su reino y sus propósitos hoy. Por otro lado, como los israelitas de antaño, hemos reducido a Dios simplemente a una deidad étnica o provincial, cuyas preocupaciones son sólo «evangélicas» y nada más. Sencillamente hemos reducido el evangelio a la salvación de la humanidad y hemos dejado a un lado el hecho de que él, que salva la humanidad, es quien creó los cielos y la tierra y también tiene un propósito para ellos.

Debemos prestar atención al llamado del profeta Isaías, para pensar en Dios y ser confrontados por él, quien «reina sobre la bóveda de la tierra, cuyos habitantes son como langostas. Él extiende los cielos como un toldo, y los despliega como carpa para ser habitada» (Is 40.22). Al levantar nuestros ojos para contemplar la maravilla y la majestuosidad —y aún la devastación— de la naturaleza, debemos inclinarnos ante «el que ordena la multitud de estrellas una por una, y llama a cada una por su nombre. ¡Es tan grande su poder, y tan poderosa su fuerza, que no falta ninguna de ellas!» (Is 40.26).

La segunda verdad que debemos afrontar a partir de las páginas de Génesis 1 y 2 es que todo existe por un proceso que se dio durante un período de tiempo. El propósito de la narración no es darnos los detalles científicos de cómo comenzó a existir todo. Nos lo cuenta con grandes pinceladas. En primer lugar, el proceso de la creación trajo aparejado el orden y la forma a partir del caos y las cosas sin forma (Gn 1.2). Sólo para que no demos por sentado el proceso, se nos dice sencillamente que es Dios, por su Espíritu, que caviló sobre el caos y las cosas sin forma, y se generaron el orden y las formas. El hecho de un universo ordenado, definido y predecible no se debe dar por sentado; es la obra del Arquitecto. En segundo lugar, Dios simplemente le ordenó al universo que fuera: «¡Qué exista... y llegó a existir» (Gn 1.3); y una y otra vez: «¡Qué haya... Y así sucedió...» (Gn 1.6-7; 1.9-10; 1.11-12; 1.14-15). La palabra de Dios es poder de creación. En tercer lugar, hay una productividad y una interdependencia intrínsecas

en las cosas creadas. El principio de «uno y muchos» está arraigado en la creación: un origen y un proceso que producen muchos seres vivos y no vivos. Dice: «¡Qué rebosen de seres vivientes las aguas, y que vuelen las aves sobre la tierra a lo largo del firmamento!» (Gn 1.20) y «¡Qué produzca la tierra seres vivientes: animales domésticos, animales salvajes, reptiles, según su especie!» (Gn 1.24).

Los procesos de las acciones de Dios en la creación activan procesos naturales. La naturaleza tiene incorporados procesos que la mantienen y sustentan, donde cada proceso trabaja de manera combinada con los otros procesos. Los ecosistemas son un conjunto de procesos que permiten mantener el equilibrio ecológico y la salud de la naturaleza. Esto es lo que hace posible cualquier estudio de la naturaleza y el universo en su inmensidad y pequeñez. El universo es comprensible. Aquí no hay distinción entre procesos naturales o espirituales porque todos se originan en Dios.

En tercer lugar, Dios se siente satisfecho con la calidad de su obra, ya que cada vez vio «consideró que esto era bueno» (Gn 1.10, 12, 18, 21, 25). El proceso y el producto le dieron gloria al creador, alegría y satisfacción en sí mismo. Sin lugar a dudas, el clímax de la gloria está en la creación del ser humano, hecho a imagen de Dios, reflejando la gloria de Dios de manera que ningún otro ser lo había hecho antes. No es ninguna sorpresa que, con la creación del ser humano, «Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno» (Gn 1.31). Había una armonía total, y eso era satisfactorio a sus ojos. Misión cumplida: ¡logró su satisfacción y gloria! Totalmente satisfecho, Dios – que no necesita descanso ya que no se cansa como el ser humano – «descansó de toda su obra creadora» (Gn 2.3).

El propósito de la creación es la alabanza y la gloria de Dios. Cualquier pasión auténtica por Dios se debe reflejar en una pasión por su creación, de la misma manera que el salmista descubrió en su búsqueda de Dios que «los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos» (Sal 19.1). Esta verdad es otra marca para el involucramiento apasionado de un cristiano en el cuidado de la naturaleza y de nuestro ambiente. La alabanza y la gloria de Dios deben ser la motivación principal.

Debemos notar que Dios no se siente satisfecho a la distancia. Él está presente con lo que creó. No es simplemente que él está presente durante la creación sino más bien que la creación está presente en él. Ésta es la esencia del jardín del Edén: un cuadro que muestra la intención de Dios para la vida, de armonía total de la creación en Dios, la comunidad en Dios. El jardín no es todo el cuadro sino una representación donde se expone la esencia del todo. Es un cuadro de la tierra, donde la vida y la comunidad prosperan como lo ordenó Dios; una representación de la armonía, el crecimiento y la reproducción (Gn 2.4-14). En el jardín vemos el papel de quien es el portador de la imagen de Dios.

El ser humano, mayordomía en comunidad

Cuando leemos la historia de la creación en Génesis 1 y llegamos al acto de la creación del ser humano, hay un cambio radical en el escenario. Es el único acto de toda la obra de la creación que requiere una acción comunitaria. Mientras el resto de la creación llega a existir mediante una orden: «¡Que exista...», la creación del ser humano necesitó de una llamada en conferencia. En este acto Dios se convoca a sí mismo: «hagamos» (lo

que nosotros llamaríamos el Dios-comunidad) «al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar... y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo» (Gn 1.26). La humanidad es el resultado de una acción del Dios-comunidad. A diferencia del llamado impersonal de «¡Qué exista...» seguido por «y así sucedió», en la creación del ser humano vemos no sólo la convocatoria al Dios-comunidad sino que también se dirige al hombre y a la mujer en forma personal para darles su bendición: «Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo» (Gn 1.28).

Notemos también que, mientras las demás criaturas fueron creadas «según su especie» (Gn 1.21, 24, 25), el ser humano es hecho «a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1.26). El ser humano es elegido entre toda la creación como único en cuanto a la relación con Dios: «Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó» (Gn 1.27). El ser humano tenía algo del ser divino. En la narración de Génesis 2 queda reflejada la singularidad de la creación del ser humano. Atkinson ha notado que, en el acto de la creación del ser humano, hasta a Dios se le da un nombre más profundo e íntimo: en el capítulo 1 es Dios; en el versículo 2.4b es «Dios el Señor», donde «Señor» representa el nombre del Dios del pacto: Yaveh. Nuestro foco ya no es la perspectiva cósmica de quien hizo las estrellas. Es la intimidad de la comunión con quien llama al ser humano por su nombre.²

Y como continúa el relato, Dios «sopló en su nariz hálito de vida» (Gn 2.7). Esto no es simplemente una relación de entidades separadas sino más bien una relación de tipo genético. En lenguaje común podríamos decir que el ser humano lleva un poco de los «genes del Dios-comunidad». El ser humano, a diferencia de otros seres, disfrutó de una relación en la cual había comunicación. El «ser humano» se comunica con el «ser Dios» debido a un «ser» compartido en comunidad. La comunidad es la realidad social –la entidad– creada por la comunión. Y como el ser divino es en comunidad, sólo «en comunidad» el ser-humano puede parecerse a Dios. El ser humano no es completo hasta que haya «otro». El hecho de que Dios reconoce que «no es bueno que el hombre esté solo» (Gn 12.18) implica el estado incompleto del ser humano en ese momento de la obra de la creación. Con razón, sólo cuando hay hombre y mujer, se celebra el hecho de «ser»: «[El hombre] exclamó: “Ésta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Se llamará ‘mujer’ porque del hombre fue sacada”» (Gn 2.23).

La identidad del ser humano se da en comunidad. John Mbiti, uno de los teólogos pioneros de África, expresó muy bien esta verdad. Al reflexionar sobre la importancia del tema de la comunidad para definir la identidad humana en las sociedades africanas originarias, Mbiti afirma que, para los africanos, la identidad humana se sintetiza en el axioma: «Yo soy porque somos; y ya que somos, por lo tanto yo soy».³ El *ser-humano* es en comunidad de la misma manera que el *ser-Dios* es en comunidad.

Así, confiadamente, Dios transmite la continuación de su obra de creación con el mandato de que «llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo...» (Gn 1.28). Otra vez, el relato de Génesis 2 expresa la misma verdad pero de

² David Atkinson, *The Message of Genesis 1-11*, Inter-Varsity Press, Leicester, 1990, p. 54.

³ John Mbiti, *African Traditional Religions and Philosophy*, Heineman, Londres, 1969, pp. 108-109.

otra manera. Es el cuadro del jardín que plantó Dios, después de lo cual «Dios el Señor tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara» (Gn 2.15). La obra creadora de Dios debía continuar en sociedad con el ser humano, ahora como co-obrero, explotando todo su potencial y cuidando de él. Dios se dirige al ser humano en forma personal y dice «sean fructíferos...», lo cual da por sentado la posibilidad de reaccionar o responder. Una respuesta trae aparejada una elección. Una elección es posible donde hay libertad. La elección es el ejercicio de la responsabilidad de la libertad. «Dios el Señor hizo que creciera toda clase de árboles hermosos, los cuales daban frutos buenos y apetecibles», pero también le pone límites al ser humano: «Dios el Señor... le dio este mandato: “Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás”» (Gn 2.15-17).

Se puede decir también que la libertad es la celebración de una relación y de la responsabilidad. La celebración de la comunión y de la comunidad se da dentro de ciertos límites. La libertad es el regalo de Dios y es su invitación a tener una relación de socios y a la comunión. La obediencia es la respuesta del ser humano que expresa el agradecimiento constante y el reconocimiento continuo de que «todas las cosas vienen de Dios». Así, el orden ecológico, la vida, la armonía, el crecimiento y la reproducción del orden creado se mantendrían a través del ejercicio de una mayordomía responsable por parte del ser humano en el contexto del «ser en unión» (comunión) con Dios. La comunión de la creación-comunidad sólo podría continuar disfrutándose en obediencia. La alabanza y la gloria de Dios por parte de la creación continuarían por la obediencia del ser humano.

La analogía de la relación de los padres con sus hijos podría derramar más luz sobre la naturaleza de la relación entre Dios-comunidad y el ser humano. En primer lugar, la semejanza se da a nivel biológico: los hijos llevan algunos genes de sus padres. Esto es un hecho, de la misma manera se da en el ser humano la semejanza a Dios. Pero si los hijos, una vez adultos, adoptan los valores y la manera de ser de sus padres, ya es cuestión de su elección. Si los hijos eligen valores que se contraponen a los modos y las costumbres de sus padres, no dejarán de ser sus hijos, pero se resentirá la relación.

El jardín del Edén es el lugar donde el ser humano debe ejercer esta responsabilidad. Es la arena donde se experimenta la comunión entre Dios, su creación y la humanidad. En ese jardín, «Dios el Señor formó... toda ave del cielo y todo animal del campo, y se los llevó al hombre para ver qué nombre les pondría. El hombre les puso nombre a todos los seres vivos, y con ese nombre se les conoce» (Gn 2. 19). La acción de «poner nombre» es el ejercicio de co-crear; también establece una relación de dominio o posesión. El jardín era el lugar donde el ser humano debía ejercer la mayordomía. Así, la tierra es el lugar no sólo donde prospera la relación del ser humano con Dios; también es el lugar donde prospera la relación con el resto de la creación. El jardín del Edén es el cuadro donde queda plasmada la idea de Dios con respecto a la comunidad: el ser humano en unión con Dios; la comunión de la creación en Dios; la armonía, la comunión y la celebración de la creación en comunidad; y el ser humano cumpliendo su *raison d'être*: un mayordomo, trabajando por el jardín y cuidando de él.

Una visión de la restauración de la creación-comunidad

La devastación que sufren los campesinos de Uganda como resultado del impacto del

cambio climático no se da únicamente en África. Uno puede escribir acerca de los ríos de Asia que crecen y producen inundaciones, devastando así poblados y comunidades enteras; o de los huracanes en América, cuya venganza actual no tiene paralelo en la historia; o los glaciares que se derriten en el Ártico y en la Antártida. Uno podría esperar que con esto toda la raza humana se despertaría y así se daría cuenta del hecho de que vivimos en un único jardín y gracias a él, y que el mandato de «cultivarlo y cuidarlo» es para toda la humanidad. No es que algunos lo trabajan, explotan todo su potencial y maximizan el consumo, mientras que otros lo cuidan, preservando los mamíferos, las aves, los reptiles, los peces y los anfibios, como también sus hábitats: las aguas, la fauna y la flora. La historia del jardín del Edén nos recuerda a todos que el jardín actual no es lo que debería ser.

Pero el cuadro que se pinta del jardín del Edén también nos deja con la expectativa y la esperanza de algo parecido. ¿No es ésta la visión del reinado mesiánico que proclamó el profeta Isaías?: «El Espíritu del Señor reposará sobre él: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Señor. Él se deleitará en el temor del Señor» (Is 11.2). Bajo su reinado justo, «El lobo vivirá con el cordero, el leopardo se echará con el cabrito y juntos andarán el ternero y el cachorro de león, y un niño pequeño los guiará. La vaca pastará con la osa, sus crías se echarán juntas, y el león comerá paja como el buey. Jugará el niño de pecho junto a la cueva de la cobra, y el recién destetado meterá la mano en el nido de la víbora. No harán ningún daño ni estrago en todo mi monte santo, porque rebosará la tierra con el conocimiento del Señor como rebosa el mar con las aguas (Is 11.6-9).

El profeta es claro en cuanto a que únicamente Dios hará de esto una realidad, a través de él sobre quien reposa su Espíritu. Éste es un recordatorio importante para nosotros: que ningún esfuerzo humano solo podrá restaurar el universo. Es el correctivo necesario de cualquier esperanza utópica basada en la visión del progreso humano. También debería servir como correctivo de las perspectivas teológicas del mandato de mayordomía, que parecen sugerir que la restauración depende de la iniciativa humana. Es fundamental entender el mandato de la mayordomía en el contexto de Dios-creación-comunidad. La iniciativa humana –hoy, a igual que en ese momento– debe ser una acción en respuesta obediente a Dios.